

*Ipse fundavit eam Altissimus*¹. Es Ciudad de Dios, de quien se han dicho y escrito las más gloriosas alabanzas: *Gloriosa dicta sunt de te, Civitas Dei*²; entre las cuales descuella el decir que sus fundamentos descansan en los montes de la santidad, y que Dios la ama sobre todos los tabernáculos de Jacob. ¿Por qué? Porque de ella nació el Hombre: *Homo natus est in ea*³. ¿Quién sino el Hombre-Dios: el mismo que labró sus cimientos y la edificó suntuosamente, como Rey todopoderoso, para hacerla su corte? Y ¿nos atreveríamos á creer que Dios dejara entrar á saco su querida ciudad por las huestes de la muerte, y consintiera, pudiendo perfectamente impedirlo, en verla reducida á cenizas? ¡Oh! no discurre así la cuerda razón. Cuéntase en las historias romanas que el famoso emperador Augusto, habiéndose apoderado á viva fuerza de la floreciente ciudad de Alejandría, y pudiendo convertirla en ruinas, no vino en ello sin embargo, menos por la hermosura de la capital egipcia, que por honrar la memoria de Alejandro Magno, su fundador, que la ennoblecó con su nombre⁴. ¡Un nombre ilustre, hermanos míos, fué bastante para salvar una ciudad del furor de tan poderoso enemigo! Inútil fuera deducir la conclusión, que salta á la vista de todos mis oyentes. Por la honra del nombre sacrosanto de Jesús el ejército invasor de la putrefacción se detuvo respetuoso ante el sarcófago que guardaba el tesoro del cuerpo inmaculado de la Virgen Madre. Así quedó á salvo el decoro debido á la santidad de la Casa de Dios: *Domum Dei decet sanctitudo*⁵.

¹ Ps. 86, 5.² Ibid. v. 2.³ Ibid. v. 5.⁴ *Plutarch. apud Cartagena.*⁵ Ps. 92, 5.

9. Pero hay más todavía, amadísimos oyentes. Ser madre es mucho más que ser simple habitación, más que ser templo, arca y ciudad, por respetables que éstas sean. ¿Qué será, por tanto, ser Madre del Verbo Encarnado? ¿Qué será haberlo revestido, por virtud del Espíritu Santo, de su propia naturaleza, haberlo hecho Hijo del hombre; haberle dado vida de su vida, carne de su carne y substancia de su propia substancia; poder, en fin, llamarle á boca llena hijo de sus entrañas virginales, como lo hizo en el templo con aquella dulce reconvención maternal: *Hijo, ¿por qué has obrado de esta suerte con nosotros?*¹ De donde resulta aquella inefable identidad de la carne de Jesús y la de María, afirmada por San Agustín con estas conocidas palabras: *Caro Christi, caro Mariæ*. «Si la carne del Verbo divino nacido, según la carne, se dijera extraña á la carne de la Madre Virgen, no habría razón para aclamar dichosos el vientre que la llevó, y los pechos que la alimentaron.» Así discurre el Venerable Beda². Sobre este fundamento se levanta majestuoso, incommovible el edificio de las grandezas y prerrogativas de la incomparable María. Sobre él se funda solidísimamente la universal creencia de la incorrupción y resurrección de su cuerpo sacrosanto. Lo que toca al cuerpo de María es imposible que de algún modo no afecte al de Jesús, formado de la sangre purísima de aquélla: guardémonos, pues, de pensar alguna cosa que, ofendiendo á la dignidad de la Madre, menoscabe en lo más mínimo la honra del Hijo benditísimo; y tal sería imaginar que ella había sido comprendida en aquella maldición común: «En polvo te convertirás.» «Sabemos, dice el gran

¹ Luc. 2, 48.² In Luc. 2, apud Brev.

Doctor San Agustín, que esta sentencia se dictó contra el primer padre de la humana familia; pero, en cuanto á resolverse en polvo, la carne de Cristo, tomada de María, escapó de la ley universal, porque de Él estaba escrito: *No dejarás que tu Santo vea en sí la corrupción*¹. El Santo por antonomasia era Aquel de quien dijo el Arcángel á María: *El Santo que de ti nacerá será llamado Hijo de Dios....*² Queda, pues, eximida de la común sentencia del paraíso la carne tomada de la Virgen: ¿no habrá quedado también exenta la carne de la misma Virgen? Ciertamente esta gracia no era debida en todo rigor á María; éralo, sin embargo, al Hijo por ella concebido, á Jesús, nombre glorioso, dignísimo de toda honra y encomio.» De idéntica manera discurre Guillermo, insigne Doctor de la Edad Media. «El privilegio de la incorrupción fué común á Jesús y á María, porque Jesús era hueso de los huesos de María, y carne de su carne. El cuerpo de la madre fué exceptuado de la ley general por respeto al cuerpo del hijo.»³

10. Y todavía brillará más claramente á nuestros ojos esta hermosa conveniencia, si atendemos á la prerrogativa sobre manera admirable concedida á María en el misterio de su maternidad, á aquel excelentísimo privilegio que ponía admiración y espanto al devotísimo San Bernardo: el honor de la virginidad unido á los gozos de la fecundidad. «He aquí, dice el Santo, el privilegio único, incomunicable á otra criatura, singular y, por lo mismo, imposible de explicarse.»⁴ Tal

¹ Ps. 15, 10.

² Luc. 1, 35.

³ Apud *Cartagena* l. c.

⁴ *S. Bern.*, Sermon. 4 de Assumpt.

fué el efecto de aquella plenitud de gracia de que fué inundada la soberana Virgen por el Espíritu Santo cuando vino á posar sobre su corazón, y tal la virtud que le comunicó el Altísimo con su sombra omnipotente¹. Ahora bien, concluye San Agustín, el que pudo honrarla con una concepción virginal, el que pudo conservar la ileña naciendo de ella, ¿no podría también preservarla de la podredumbre del sepulcro? Que no es menor oprobio que la pérdida de la integridad virginal, caer en la descomposición y ser pasto de gusanos. Ni una ni otra obra exceden al poder de Dios: ¿Excederán por ventura á la voluntad de aquel Hijo amantísimo, de aquel divino Huésped tan generoso para pagar el hospedaje y los servicios que le prestó su bienaventurada Madre? Ella, mejor que Marta, recibió en su casa á Jesús, cuando vino á peregrinar por la tierra: ella le alimentó dentro de su seno con la sangre más pura de sus venas, y después en su regazo con leche más delicada que néctar celestial: *Ubere de celo pleno*². ¿Qué merced, por extraordinaria que parezca, no habría concedido á tal madre el Hijo omnipotente y benignísimo? La casa misma de Nazaret, por haberse obrado en su recinto el gran misterio, y haber morado en ella Cristo, ha merecido en cierto modo la incorruptibilidad, siendo transportada de un sitio á otro por manos de ángeles, hasta fijarla, al parecer definitivamente, en el centro de la cristiandad. ¿Qué deberá pensarse de la casa de oro, del vaso espiritual del pecho purísimo convertido por encanto en templo y sagrario de la Divinidad?³

¹ Luc. 1, 35.

² Eccl. in fest. Circumcis. Domini.

³ *Domus pudici pectoris templum repente fit Dei* (Eccl. in fest. Circumcis. Domini).

III.

11. Vengamos ya á considerar el efecto glorioso que debió de producir en el cuerpo de María el alma misma de la Virgen desde el momento en que, en plena posesión de la gloria del paraíso, rebosaba de celestiales delicias¹. La claridad del cuerpo del bienaventurado después de aquel día grande de la resurrección y espiritualización de toda carne², bien puede mirarse como mera participación de la gloria del espíritu beatificado. Y, á la verdad, siendo el alma humana forma substancial del cuerpo y principio de la vida y operaciones sensitivas, ¿por qué no podríamos decir que la bienaventuranza de que el alma disfruta debe rebosar en el organismo á que está substancialmente unida, quedando así glorificado el compuesto? Convengo en que el cuerpo animal no es capaz de recibir aquella forma sobrenatural y divina, debiendo primero transformarse, según dice el Apóstol, en espiritual é incorruptible. Pero, en cuanto á María, su cuerpo no pudo llamarse animal, ni aun viviendo en la tierra, por haber sido incontaminado, como en el estado primitivo de la inocencia. Pudo, pues, y debió recibir inmediatamente después de aquel sueño pasajero de tres días, la forma del espíritu, forma de gloria y belleza consumada. ¿Por qué aguardar, como los pecadores, hasta el día de la universal resurrección? ¿era acaso necesario que la misteriosa química de la muerte destruyera aquel cuerpo, santificado ya con el contacto de la carne de Cristo, y lo reformase totalmente, como ha de reformar los nuestros bajos y terrenos?³ No

¹ Quæ est ista ... deliciis affluens? (Cant. 8, 5.)

² Surget corpus spiritale (I Cor. 15, 44). ³ Phil. 3, 21.

aparece ciertamente la necesidad de aquella lenta y secular transformación. Creamos, pues, con la Iglesia oriental y occidental¹, que la sacratísima Virgen, lo mismo que su Hijo, y por los méritos de Él, fué transfigurada al tercer día de su deposición en el sepulcro de Getsemaní, viniendo el alma gloriosísima á reanimar aquel cuerpo que, como á gritos, la llamaba para que lo uniese con ella indisolublemente. ¿Quién duda que, á su vez, el alma de María suspiraba por reunirse con su cuerpo, siendo este deseo natural é ingénito en el compuesto humano? ¿Cuál sería, pues, la dulzura de aquel estrecho abrazo, de aquella maravillosa fusión del alma y cuerpo de la Virgen? El dolor de aquella corta ausencia ¿no quedaría plenamente compensado con la alegría de aquella unión eterna, indisoluble? ¡Ah! ¡la muerte no la volverá á romper!²

12. Fué entonces aquel sagrado cuerpo revestido de hermosura y esplendor incomparables. Adornáronlo las cuatro excelentísimas dotes que del cuerpo de Cristo Nuestro Señor se reflejan en todos los cuerpos glorificados, según el dicho de San Pablo: *Nuestro cuerpo tomará la semejanza de su cuerpo glorioso*³. Inmortal é impasible, el cuerpo de María brilló con claridad más pura y resplandeciente que la del mismo sol; lleno de agilidad para volar por los espacios, más rápido y majestuoso que el águila del desierto⁴, levantóse del sepulcro sin romper la losa que le cubría, por estar dotado ya de sutileza semejante á la de los espíritus; á no ser que digamos con la piadosa tradición que un Ángel, Gabriel mismo, abrió las puertas del sepulcro para que

¹ Vide *Cartagena*, Hom. lib. 14, hom. 13.

² Rom. 6, 9.

³ Phil. 3, 21.

⁴ Apoc. 12, 14.

saliese triunfante de su lobreguez el cuerpo ya animado de María. Mas ¿cómo describir, hermanos míos, la belleza sobrehumana y sobreangélica de aquel cuerpo de la más hermosa de las hijas de Jerusalén? Aquí la lengua enmudece, porque el discurso se reconoce impotente, y la fantasía no tiene colores para bosquejar tan peregrina hermosura: aquí no podemos hacer más que ensalzar la grandeza de aquel Artífice soberano que se mostró omnipotente en la obra maestra de la naturaleza y de la gracia, en el alma y el cuerpo de la Virgen escogida entre millares: aquí no le queda más al corazón cristiano que sumergirse en el abismo de esta contemplación y suspirar con la Esposa enamorada: *Arrebátanos en pos de ti: correremos al olor de tu fragancia*¹. Aquí, en fin, cabe decir á boca llena: *Pulchra ut luna, electa ut sol*²: «Hermosa, dice Ruperto, con la hermosura de Dios, así como la luna se hermosea con los rayos del sol; hermosa desde que obtuvo la plenitud de la gracia; pero escogida desde que fué elevada al celeste tálamo, porque desde ese momento resplandece en la gloria al lado del Sol divino, compartiendo con él los homenajes que al Hijo del Altísimo ofrecen todas las criaturas»³.

13. Sube, pues, el cuerpo glorioso de María en virtud de una fuerza de ascensión hacia el cielo, comunicada por el espíritu que lo informa y vivifica, no pudiendo ya permanecer en la tierra, lugar de lucha y de fatigas. Sube María en cuerpo y alma atravesando las celestiales esferas hasta llegar á lo más alto del cielo empíreo donde la aguarda el trono regio prepa-

¹ Cant. 1, 3.

² Ibid. 6, 9.

³ *Ruperto* in Cantic.

rado á la diestra de su Hijo. Acompañanla lucidos escuadrones de ángeles que le forman magnífica litera con sus alas desplegadas. El cielo se ilumina con nuevos resplandores, los espacios se inundan de angélicas armonías y exquisitos perfumes, la Iglesia se baña de dulcísimos consuelos; sólo la tierra despojada de su más rico tesoro se cubre de luto, aunque templado el dolor por la esperanza. Óyese el clamor de los pobres hijos de Eva que dicen entre lágrimas y sollozos: *Ad te clamamus exsules... ad te suspiramus gementes et flentes...* Y nosotros, hermanos carísimos, ¿no suspiraremos también en este día de tan dulces esperanzas? ¿no diremos á nuestra amada Reina: *Llévanos en pos de ti?* ¡Oh! sí, nos llevará algún día á participar de su eternal ventura, si sabemos imitarla marchando sobre sus huellas luminosas. Como el inspirado Job, abrigamos también en nuestro pecho la esperanza de la resurrección; porque sabemos que nuestro Redentor vive, y Él arrancará nuestros despojos de las entrañas de la tierra para infundirles nueva vida. Regenerados por la gracia del nuevo Adán en el bautismo, también nosotros esperamos la glorificación de nuestro cuerpo, aunque sea tras largos siglos de expectación en el fondo del sepulcro. Pero también es necesario que la ley del pecado no domine en nuestros miembros terrenales; es preciso que la operación del Espíritu Santo consagre, no sólo nuestras potencias, sino también nuestros sentidos, purificándolos y santificándolos; es preciso finalmente que, á imitación del de María Santísima, nuestro cuerpo, aunque de barro corruptible, sea, como pide el orden, instrumento dócil del alma racional para la práctica de la virtud, á fin de que concurra á su vez con el espíritu á la gloria del Criador. ¡Oh! no lo dudemos: algún

día el cuerpo del hombre justo, revestido de inmortalidad, brillará, en consorcio del alma bienaventurada, como astro refulgente en los espacios infinitos de la gloria. Así sea.

PANEGÍRICO DEL PURÍSIMO CORAZÓN DE MARÍA

(predicado á los socios del Apostolado de la Oración, Bogotá, 1895).

El Corazón de María, el más semejante al de Jesús.

Exsultavit spiritus meus in Deo salutari meo.
Luc. 1, 47.

1. Pretender abarcar el cielo entero con una sola ojeada, sería, amados oyentes, la más loca y temeraria pretensión. ¿Cómo, pues, me había yo de atrever el día de hoy á abrazar con los alcances de un brevísimo discurso el cielo de grandezas maravillosas y sin número que encierra el purísimo y dulcísimo Corazón de María? «¿Cómo podré yo, miserable hombrecillo, decía el gran San Bernardino de Sena, declarar los sentimientos altísimos de aquel corazón virginal, no siendo bastante para esta empresa ninguna lengua humana ni aun angélica?»¹ En efecto, así como entre las obras del Criador que nos es dado contemplar con los ojos corporales, ninguna hay más hermosa y magnífica que el vasto firmamento tachonado de estrellas, infinitas en número y deslumbradoras por su belleza, así no hay nada comparable con la sublimidad y hermosura del corazón de la más pura y perfecta de todas las criaturas.

¹ Serm. 9 de Visit.

Más grande que la inmensidad de los cielos, adórnalo más virtudes y carismas que estrellas pueblan el espacio, porque María es el palacio de Dios y la puerta del cielo: *Domus Dei et porta cæli*¹; y de ella, mejor que del cielo material, puede decirse lo que atónito el profeta decía: *¿Cuán grande es la casa de Dios, y cuán excelso el lugar de su posesión!*² ó lo que cantaba David: *Elevatâ est magnificentia tua super cælos*³.

¿No es ésa verdaderamente la idea que tenemos formada de la soberana excelencia del corazón de Aquella que, por nombre verdadero y propio, es Madre del Dios Encarnado? Porque, siendo ella perfectísima entre todas las criaturas, ¿cuánto no lo será su corazón? Todo el brillo que rodea en lo exterior á la Santísima Virgen, todos cuantos honores cielo y tierra le tributan, son poca cosa cotejados con los tesoros que ella posee dentro de sí; porque de ella está escrito en el Libro de los Salmos: *Toda la gloria de la hija del Rey está en el interior*⁴. Sí, cristianos, el interior de este sagrario es todavía más magnífico que la espléndida fachada, con ser ésta tan vistosa y admirable; el Corazón de María es lo más perfecto y acabado de cuanto ella misma encierra, siendo toda ella un abismo de raras perfecciones.

2. Renunciaré, por tanto, al vano empeño de presentar á vuestros ojos un cuadro que de alguna manera, aunque tosca, pudiera expresar la perfección indescripible del Corazón de la sagrada Virgen. Me contentaré, y no será poca ventura salir medianamente con mi intento, con exhibir á la piadosa consideración de las

¹ Gen. 28, 17.

² Baruch 3, 24.

³ Ps. 8, 2.

⁴ Ps. 44, 14.